

## EL ENCOMENDERO

### I

#### LA PROMESA

En 15\*\* Juan Pérez de Sardoal, rico encomendero del partido de San Salvador, se había casado con doña Sol de Melara y Ceballos, «bajo promesa de ser Conde».

### II

#### EL VALLE DE LAS HAMACAS

Ciertamente, aunque al aspecto de San Salvador haya cambiado y con seguridad muchos o todos los accidentes de la vegetación de sus alrededores, el vastísimo paisaje, que ofrecía el *Valle de las Hamacas* al viajero que, desde una de las vueltas en las alturas del camino de San Marcos, avistase la llanura, o sea el fondo verde de la hondonada que forman los bosques y arboledas, era en el año de 15\*\* el mismo que hoy se ofrecería a la vista de quienquiera que se tome la molestia de ir a contemplar este magnífico espectáculo (1).

Entonces como hoy, entre el cerro de San Jacinto, que es un agrupamiento de colinas y el volcán de San Salvador, se hallaría el abismo de aire y de luz, cuyo fondo es el suelo del valle, sembrado de cerros y aun volcanes, de diversas alturas, elevándose unos pequeños frente a frente de otros que son mayores: el de Mejiicanos ante el de Milingo; aquí el volcán de Apopa, allá el volcán de Nejapa.

Las llanuras, como lagos verdes, se extienden delante y detrás de estos grupos de pirámides. La vista

(1) Tomamos la siguiente cita a Brasseur de Bourbourg:

«...La llanura en que está situada (la ciudad de San Salvador), así como los voluptuosos valles de Pentápolis en los tiempos antiguos, presenta a la vista seducciones de toda suerte; la naturaleza es allí pródiga de sus dones».

hacia el Norte puede ver cómo quiebra por mil partes el inmenso suelo del valle, se riza y se arruga ásperamente, sube en olas por diversos rumbos; olas monstruosas que aquí y allí se agrupan y como en un mar fantástico y ciclópeo, se petrifican escalonándose inmóviles, y formando por fin los centenares de cimas que se vuelven al cielo o llegan a fundirse en el azul, que parece vibrar con un vago estremecimiento ya en las lejanías de Honduras.

Una de estas colinas elevadas del San Jacinto, la del Sureste, la que se avecina a San Marcos, era el asiento del castillo de Sardoal, altura la del castillo y paisaje el del *Valle de las Hamacas* como para alimentar los sueños de grandeza y también la soberbia del conquistador, que desde allí veía la recién fundada villa y los pueblos del valle como el pastor desde una roca ve su rebaño que se ha esparcido por los campos.

Sardoal era el Alcalde Mayor (pues El Salvador no era todavía una Intendencia), título que había comprado al Rey.

### III

#### LAS ENCOMIENDAS

Este día, que es uno de los primeros de agosto, espera Sardoal su título de Conde, y están reunidas en la explanada del castillo todas sus encomiendas: las indias enfurecidas, tanto tiempo aherrojadas, encadenadas, dejan oír su murmullo gutural, y sus imprecaciones lanzadas en su idioma pipil; los mayordomos recogen de ésta o de aquella pueblada brazadas de flechas de los indios que se fingen inadvertidos y que llegan armados en su encomienda, dejándoles sus armas a los caciques, por un resto de cortesía y porque su mediación y su autoridad ayudan más con frecuencia para el manejo de las encomiendas que el rigor de los administradores. Hay grupos que a veces son los habitantes

de una población entera, que ya sumisos y silenciosos, dejan muy poco qué hacer para su gobierno. A la sombra de los muros del castillo están los infinitos empleados que gobiernan las encomiendas, los escuderos a caballo, armados como para un combate; los calpixques y los médicos, los alahuaes de encomienda, los calpulis de descuajes, vestidos de pieles y no menos armados, pues a las veces son grandes cazadores; los capacates de minas, los inspectores de las filas, los que guían los cargadores, los proveedores de maíz, sal, plátanos, carnes, pescado, chiles, ojo de gallo y aguardiente, y por fin, también entre los que mandan la encomienda, los esclavos negros. Mujeres vivanderas siguen estos ejércitos de la servidumbre.

Aun dentro de las mismas encomiendas ha dejado este astucioso conquistador, como para conformarse a cierto orden, las jerarquías y las autoridades que recuerden el hábito de obediencia a la indiada.

Entre las muchedumbres miranse aún los birretes de oro en que se levanta la insignia multicolor de los pompones o plumeros de los ex-príncipes, generales y caciques o jefes rodeados de sus familias, todos como una prenda de sumisión y obediencia en el trabajo de los mismos pueblos que en un tiempo gobernaron. Así se verían las tribus de Israel en Babilonia.

Muchas veces la prisión de un príncipe de la familia de Atlacatl obligaba a todo un pueblo a deponer las armas de una rebelión cautelosamente fraguada.

Hay entre ellos quienes sólo llevan un aro de oro que les ciñe la frente, y ante éstos como ante los príncipes esclavizados, las encomiendas se inclinan, se postran o se sorprenden y admiran dolorosamente: estos del arco son pontífices. Extrañas y confusas insignias distinguen a los sacerdotes.

La piedad de Juan Pérez había transigido con sus dotes de gran político: mucha parte de la disciplina y

sumisión de las encomiendas se debía a esta tolerancia del castellano. Las colas de quetzal, ondeando en medio de la muchedumbre, arrancadas de cuajo a su pueblo natal, mantenían la ilusión de que eran los caciques quienes guiaban estos éxodos; y aun en medio de los trabajos más rudos e inhumanos, el rumor, que llegaba de las lejanías, de los chinchines, marimbas, chirimías, tímpanos, parches y maderos, de los bailes y juegos religiosos, al rededor de los príncipes y sacerdotes, hacía creer a los pipiles que continuaban con su vieja monarquía.

Unos han pasado largos meses en la selva en el descuaje, otros en las minas. Separados los súbditos de sus príncipes, los hijos de sus padres, las mujeres de sus maridos, después de los trabajos y penalidades de una verdadera esclavitud, su encuentro en las explanadas, a la vera de las altas empalizadas que rodean al castillo, ha sido ocasión de escenas dolorosas: reprimidos furros, gritos de dolor, amenazas, juramentos y llanto.

—¡Qué vocerío!, ¡qué extraño rumor!—dijo doña Sol, que ocultaba con exclamaciones de temor su inquebrantable orgullo femenino o su ambición de linajuda.

Sardoal, que aspira a sobrepujar su porte de segundón, respondió asido al puño de su espada:

—Así voceaban los siervos de la gleba bajo las almenas del solar de los Sardoal y Pogi-Martino en Extremadura.

Esto lo dijo para tomar realce, él propio, a pesar de sus riquezas, a los ojos de su esposa, que aunque pobre e hija de hidalgo, de una belleza y porte peregrinos, tenía en sus venas del azul más puro, una gota de sangre de reyes. Y esta consideración hacía palidecer todo el brillo de la inmensa fortuna del segundón de Pogi-Martino.

## IV

## LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

Cuando este hidalgo tenía casi todas las encomiendas del gran partido que se llamó de San Salvador, sus aspiraciones no se allanaron a sólo ser su más acaudalado terrateniente.

De estas encomiendas las de Aculhuaca, Paleca, Soyapango, Ilopango y San Martín «de eran debidas por derecho»; y de su amigo y compañero de armas, el difunto Juan Alonso, *el viejo*, capitán de la conquista, había heredado las encomiendas de Mixehaca, de San Marcos, los Ramos, y la que se extendía a los pies del castillo, que en español empezaron a llamar Bella Vista (el antiguo Pamaxtán), donde hacía pocos años se alzaba el templo del dios del valle.

Colocado en esta altura que domina las vegas en que arrastra su pobre caudal el Acelhuate, el templo mostraba, por una enorme puerta trapezoidal, llena de esculturas en que la vegetación se mezclaba por modo simbólico, el gran monolito cubierto de leyendas, que ostentaba en alto relieve una diosa que abría los ojos a los torrentes de luz y a los vientos embalsamados que vuelan por el luminoso valle como dentro de inmenso anfiteatro.

Esta escultura era una faz con máscara de pájaro; la adornaba un collar de gotas de rocío, y representaba la Estrella de la Mañana, el Quetzalcoatl, que era la deidad protectora del valle.

El templo había sido demolido. Los grandes bloques esculpidos en que estaban historiados los sucesos del país, desde los tiempos de los reyes mayas de Payaquí y de la cautelosa inmigración de los pipiles, formaban la mayor parte de los corrales del castillo.

El cuerpo de este edificio se alzaba sobre la antiquísima plataforma del templo.

Parte de las paredes había sido aprovechada, hay que confesar que con acierto, pues un lienzo de muro en que se abrían tres grandes troneras o respiraderos aztecas de ornamentación de yerba y cabezas de ocelote, estaba rematado o sobrecargado por anchos ventanales moriscos, bordados de arabescos y de mosaicos que decían bien al lado de los trapecios y de los símbolos mayas, y en los cuales se habían empleado piedras de colores del templo.

Este lienzo de pared conservado correspondía al oratorio de las vestales de la Estrella de la Mañana y era hoy el dormitorio todo él de paredes, techo y pavimento de piedras de colores, de Doña Sol.

Los conquistadores sabían que los templos de los dioses del país no habían sido manchados jamás por la sangre de sacrificios humanos y cuando lo quiso establecer el rey Cuaumichín infame, fue derribado por el pastor Tutecotzimit, que sólo por este hecho fue padre, o fundador de una dinastía.

Los templos por tanto no inspiraban horror.

El monolito de la Estrella de la Mañana era hoy día un poste o amarradero del corral.

Hay que añadir las encomiendas de Mixtán, San Cristóbal, Extli-Popol, la Torrequilla y Belén.

Indios innumerables habían perecido en las empresas del terrible encomendero: pero el núcleo de algunos de estos pueblos permanecía intacto; y después del suceso que vamos a referir pudieron volver a la tribu o lugar de su origen y con el tiempo vinieron a ser pueblos con municipio.

Sólo algunos de esos pueblos ya el día de aquella tarde habían perecido en los arduos trabajos que el encomendero por doquiera había emprendido.

El vocerío sordo y reprimido que se alzaba hasta las salas del castillo hubiera puesto el espanto en otro corazón que no fuese el de Juan Pérez.

Mas ¿qué espanto podía asaltarle?

El venir las encomiendas, con sus jefes y príncipes, obligados, los que habían dado lugar, a vestir las insignias de su antigua realeza, algunos de los cuales habían sido tan ricos como él, era un acto de arrogancia y poder.

## V

## VAN-DYCK O GUANDIQUE

El Alférez, más español que flamenco, como podría juzgarse por su apellido, don Antonio de Van-Dyck, o Van-Dique, como se escribía, o en fin Guandique, como se pronunciaba en la Colonia de Usulutlán o Usulután—donde adquirió, a raíz de la conquista, para sí y los suyos, la inmensa isla que atraviesa un buen río, dos circunstancias, por las cuales, el tener un río y ser suya, se llamó la isla de Guadiaguandique, nombre con que hasta hoy día se le conoce,—era amigo de Juan Pérez de Sardeal, el segundón de Pogi-Martino.

Había partido hacia dos años para la Corte, y aprovechando la coyuntura, el encomendero y el Cabildo le habían confiado unas diligencias «y unos muy grandes presentes para el Emperador».

En las cuales diligencias se manifestaba por el Ayuntamiento y por los conventos de dominicos y franciscanos, que don Juan Pérez de Sardeal, segundón de Pogi-Martino, había provisto los conventos y dádoles tierras; edificado la grande ermita del viejo barrio de la Vega, el primero que hubo en la villa; y consagrado el recuerdo de la prosperidad de su casa, en tres retablos de plata maciza en las iglesias de los dichos conventos y en las Mercedes; que había debelado tres insurrecciones del partido, acaecidas cuando se tuvo noticia del viaje del Adelantado señor don Pedro de Alvarado a la Corte; que le eran afectos los principales de la ciudad, por haber dotado quince doncellas con *seiscientos ducados* «para que se casasen con españoles o

con ladinos de buen parecer», según rezaba del documento de la donación y eran palabras del mismo Juan Pérez; que, finalmente, poseía veintiséis mil indios de encomiendas que eran de las tribus, o caseríos y pueblos que se expresaban; que por tanto, por ser señor de tantas tierras e homes, le otorgase Su Muy Graciosa y Católica Majestad el título de Conde de San Salvador, ya que a todas las tierras de esta parte de las Indias de Occidente#designaba S. M. de fecha reciente con el título de Reyno de Goathimala.

Ahora bien, el Alférez Antonio de Van-Dyck o Guandique, como se pronunciaba, estaba de vuelta de España, viniendo por México.

## VI

## EL REY OFRECE EL CONDADO

Recién llegado a la Corte, escribió que Su Majestad Real e Imperial había agradecido el obsequio de dos redomas de bálsamo; de un quintal de chocolate, «que ya de enantes había aprendido a catar S. M., y certificaba ser el de este partido de San Salvador, de tan buen sabor como el de Soconusco»; de una caja de plátanos-pasa; «de un gran frasco de cristal conteniendo una legumbre o fruta en aceite, cuyo nombre es AGUACATE, y cuya exportación recomendaba el Emperador, que hablaba extremos de esta dicha fruta o legumbre»; de dos loros verdes; y «de *cuatrocientos mil ducados*»; e incluía un pliego de apuntes sellado y firmado por el Mayordomo Real, a los cuales corresponden las expresiones que hemos singularizado.

Incluía, además, una nota del Secretario de S. M. a Van-Dyck «como interesado», en que le hacía saber «que S. M. otorgaría y crearía tan luego como diligenciase la solicitud el Consejo que había a su cargo el Libro de la Nobleza y el de Indias, el nuevo título de Conde de San Salvador, que para un su prohombre so-

licitaba la nueva villa y en el partido de este nombre, en las Indias Occidentales».

En fin, él, Van-Dyck traería los pliegos de S. M. como dejase la Corte y regresara a San Salvador, viniendo por México.

Poco después conmovió las jóvenes ciudades de toda la América Española, la noticia que el padre Fray Bartolomé de Las Casas era atendido y honrado por el Emperador ante quien había perorado y discutido con sus contradictores y Van-Dyck había hecho su regreso al Nuevo Mundo en la misma carabela que trajera al padre Las Casas a Chiapas.

De Ciudad Real, en Chiapas, Van-Dyck anunciaba lacónicamente su arribo a San Salvador para la fiesta del Pendón o del seis de agosto en que se fundó la villa.

Este laconismo equivalía para Sardeal a referirse a lo escrito en cartas anteriores.

—No dice más, dijo Doña Sol.

—Ni debe decir, añadió Pérez, porque ya está dicho.

La dilación era larga, pues iban sobre tres años desde la partida de Sardeal, de San Salvador; pero en aquel tiempo todos los asuntos pedían aplazamientos de tan gran duración, y lo cierto es que Van-Dyck había hecho al partir, su testamento, en que disponía, para en caso de muerte natural, o en naufragio, o en cautiverio en tierra de moros infieles, o a manos de piratas, de los derechos que con su familia tenía en la isla de Guadiaguandique.

La declaración del Condado, a que ascendería la cabecera del partido, cuyas tierras poseía Juan Pérez, había ocasionado la reunión de las encomiendas, aun aquellas que trabajaban en minas lejanas. A una corona condal no le vendría mal, aunque de conversos sospechosos, un cortejo de diademas principescas y de halos de oro pontificales, que como hemos dicho se conservaban

para mantener la disciplina y la obediencia, como insignias, a cuya veneración estaban acostumbrados, y por ser tantos y de mucha valentía, los pueblos que formaban las encomiendas del de Sardeal.

El nuevo Conde se mostraría a sus vasallos con la Condesa. Que allá en Guatemala se pasasen las cosas nadie sabía cómo, por la distancia, a él no le importaba nada; «mas lo que es en el Cuzcatlán», eran las palabras de Juan Pérez, «él haría de sus tierras un pepazo de España, y la nobleza y el feudo tomarían cuerpo como en sus mejores tiempos».

Así era en efecto, pues el castillo ostentaba una gran magnificencia. En sus patios se alzaba un teatro y en la servidumbre se contaba una compañía de cómicos. Fuera de los arquitectos venidos de España, cobraban en las planillas del castillo, varios maestros mosaístas, tres muy buenos pintores que pintaban para la castellana, y ella obsequiaba a templos y conventos con una largueza que era en verdad señorial.

La belleza arquitectónica y suntuosidad del castillo, los bosques y las explanadas artificiales, las avenidas y jardines, las fuentes y las balaustas, pobladas de estatuas mitológicas, el garbo y puntualidad de la servidumbre, las damas, doncellas y pajes; todo lo que se había traído de España en tiempo, en verdad, breve, y a fuerza de grandísimas sumas de dinero, en lienzo, obras de arte, muebles, chucherías y alhajas, y algunas gentes del servicio, avezadas a los usos de la Corte, todo en el fondo, era preparado para recibir.... ¡un pedazo de pergamino!

Mientras no llegase, siempre encontraría el soberbio Sardeal, en medio de muchas exterioridades de cariño, un leve, un imperceptible pliegue de desdén, en la sonrisa fascinadora y delicada de Doña Sol.

## VII

## LA FIESTA DEL SALVADOR EN 15\*\*

La fiesta del Pendón Real, sacado en procesión por las calles de la nueva ciudad, tuvo de importante este año, el desfile de las encomiendas de Juan Pérez.

El terrible encomendero cerraba la fila de los hombres y cabalgó en su caballo negro, armado de todas armas, despidiendo un solo brillo ambos caballo y caballero, que parecían de una sola pieza. Así custodió en el desfile la espada de don Pedro de Alvarado, que se guardaba en la ermita del pueblo de Mejicanos y que se paseaba todos los años en San Salvador con el Pendón Real, el seis de agosto (1); honores acordados probablemente después que se había recibido la noticia de la muerte del Adelantado, ocurrida en México.

Doña Sol, vestida de brocatel, en una litera pintada, toda cubierta de revoloteos de Cupidos, y llevada en hombros de esclavos negros, cerraba por su parte el desfile de las mujeres y le hacían séquito las quince doncellas principales, protegidas y dotadas por su casa.

Pero lo que había impuesto, sobre todo, a la opinión de los nobles que todavía rehusaban sus simpatías al nuevo Condado y al nuevo Conde, y a las hijas de hidalgos que se mortificaban con que la hija de otro hidalgo llegara por fin a Condesa, fue el desfile de las encomiendas, reunidas en la Garita y traídas juntas de allí a la villa, y después al castillo.

La Ciudad estaba en fin persuadida; esperaba el título de Condado con igual orgullo y fiereza que Juan Pérez el de Conde. La multitud de la nueva ciudad se dirigió aquella tarde a la explanada del castillo, apenas terminado el desfile y la procesión religiosa, con las encomiendas, en las cuales los de la villa examinaban usos, vestidos, idiomas, arcos, insignias, plumas y dia-

(1) Histórico.

demás, las figuras de mujeres de extraña belleza como eran las hijas y parientes de reyes, y el decoro de las insignias de los príncipes y princesas.

Así se mostraba Juan Pérez tirano y gran señor.

## VIII

## LAS CEDULAS REALES

La llegada de Van-Dyck al castillo se anunció en las últimas horas de la tarde, con el desfile de los frailes y del Ayuntamiento, los alguaciles, partesanas y encomenderos y un pelotón de caballería de armaduras de acero, que era orgullo de la villa desde la última rebelión.

Todo esto pareció a Juan Pérez una adhesión más del futuro Condado; pues Van-Dyck no traía otro nombramiento alguno que se supiese, para poner así en movimiento la autoridad religiosa y la civil, fuera del de Alférez Real.

Cuando apareció entre la multitud, los Indios que suponían que el título de Conde equivalía al de Rey, que por allí entendieron que sus cadenas se remachaban para siempre, volvieron las espaldas al camino y dirigiéndose al poste del corral que lo era el monolito de la Estrella de la Mañana, rompieron a llorar y entonaron un himno en que se repetía una palabra con renovados llantos por varias veces.

El fiero Sardoal iba a mandar a imponerles silencio por medio de los capataces de minas, pero atento a su título y a la cortesanía, volvióse al emisario que llegaba a las graderías de la explanada central del castillo.

Entonces Sardoal advirtió algo que le sorprendió.

El Alférez se había hecho fraile, y con sorpresa de Sardoal, dirigió a las encomiendas algunas palabras de su propio idioma.

Los jefes indios de las encomiendas se volvieron a él estupefactos.

—¡Cómol—exclamó riendo don Juan Pérez de Sardoal—señor Alférez Antonio de Van-Dyck, no sólo me hallo que os habéis metido fraile pero también habéis aprendido las lenguas de estos infieles; que para mí ha sido un imposible.... pero echadme los brazos.... y presentaros hé a mi señora la Condesa....

—Poco habéis cambiado en vuestras aficiones del mundo, señor don Juan. Verdad es que en este *Valle de las Hamacas* o sea San Salvador, poco se ve y el buen ánimo se edifica de tarde en tarde.... ¡tan lejos está del mundo!.... Yo, señor don Juan, vengo de ver metido fraile como yo, a aquella sacra cesárea Majestad del Emperador Carlos Quinto.... Por lo que hace a la lengua de los indios la aprendí en una larga y accidentada navegación de seis meses con el padre Las Casas....

—Noticia me dáis que es muy para conturbarme... de haberse metido fraile el Emperador.

—Pues de ello hace largos diez meses.

—Extraño exceso de religión, a fe mía; mas me consuela, señor y amigo, la esperanza de que don Felipe, su hijo, levantará las casas españolas que abatió el Emperador.... Bien sabéis lo que fueron hace no más de cien años... y lo que nosotros hemos visto es una sombra de su antiguo poderío y esplendor.

—Don Felipe, como su padre, no fue nunca en su política con los grandes de España sino un alumno del gran Cisneros: los grandes señores de España no volverán a levantar cabeza.

—Tal creéis... ..

....Mas veamos el título, dijo el encomendero, tomando unos pliegos de las manos del religioso, y ya que sois letrado y habláis el idioma de estos indios, hacedles ver cuáles son mis nuevas prerrogativas, y a to-

dos, los de la villa y los del castillo, el estilo y el tratamiento y otras usanzas en que se distingue la nobleza de la hidalguía y de la gente llana.... ¡Ea!.... ¡sonad las bocinas y haced que se lleguen cerca las encomiendas!

Se oyó el estruendo de las trompetas y la muchedumbre empezó a moverse pesadamente para aproximarse, como somnolienta, entre el asombro y el temor.

De pronto Juan Pérez dio una gran voz.

—Mas ¿qué me habéis dado aquí?... ¿Qué es esto? ¿Qué rubor me hacéis pasar? ¿Qué ordenanzas puede haber para los señores de América, que hemos combatido, día y noche, y tantos años, por el rey, y qué favor y privilegios del rey para los indios, sus enemigos, mal sujetos y vasallos recientes? ¿Qué cédulas me dáis aquí, por Santiago Apóstol? ¡Tomadlas que me queman las manos!....

—Reportaos, que os hablo a nombre del Protector General de los indios.... dijo Van-Dyck tomando las cédulas reales. Me envía como su ejecutor el padre Las Casas, y esas cédulas del rey os previenen la libertad de los indios de vuestras encomiendas....

—Así os entiendo como si dijérais la misa.... ¿Pues no escribísteis de España que el rey me otorgaba el título de Conde bajo el nombre de este partido de San Salvador? ¿Quién ha deshecho esto del rey?

—El padre Las Casas.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que todos estos indios son libres y os repito que soy el ejecutor de las cédulas del Rey en representación del Protector General de los indios, Fray Bartolomé de Las Casas.... Tocante a vuestro título, no los habrá en América con tierras y con siervos, porque a tal distancia y estando de por medio la mar Atlántica, sería un poder irreducible y sin medida el de un señor feudal.... Esto piensa el Rey... Esto pensaba el gran

Cisneros... Esto ha aprovechado como tan gran político el Apóstol Las Casas, mi señor y maestro desde hace poco tiempo y para toda la vida, que ha matado el despotismo feudal en ciernes en estas Indias Occidentales al tiempo que con su pluma ha destruído esta nueva servidumbre de las encomiendas en las tierras de España.

—Mirad vos cómo ha de ser, señor Alférez, o digo, señor Fralle, porque estas leyes u ordenanzas de Indias, vienen a echar abajo toda la máquina de estos pueblos, el rango y jerarquías de los conquistadores y los indios, la firmeza de la religión que muchos aún profesan por la fuerza, el estado y la hacienda de muchas familias que viven de rentas que los padres y hermanos tienen como empleados de las encomiendas, la sujeción de estas comarcas, que están mal sujetas y que son valerosas y levantiscas. Bien recordará vuesa paternidad la herida y derrota del señor don Pedro de Alvarado en esta comarca.

Después bajando la voz en tono familiar y a la vez dejando de manifiesto todas sus dotes y talentos de Capitán, dijo:

—Y luego, señor Ejecutor de estas ordenanzas de Indias, tan letrado como sois, no olvidaréis que el poder del Rey nuestro señor, finca y en todo se reposa en el poder de algunas familias de Capitanes que, como Juan Pérez de Sardeal, han sabido sujetar las fieras indias, mantener la religión, emprender el trabajo, concertar muchos intereses y dalles cuerpo a estas ciudades, donde todo lo mejor para el rey son las casas españolas y todo lo peor el recuerdo de los caciques de su poderío y riquezas, y en estos indios occidentales el de sus dioses, sus señores y sus costumbres. ¿Creéis, señor, que esta fábrica de este castillo fuera posible sin el señor que mantiene los arquitectos? ¿Esas pinturas y esculturas y ese teatro de este castillo, pudieran ser

sin el señor que alienta y alimenta a los pintores, a los escultores y a los cómicos? ¡Pues qué! De otro modo, podremos los hijos de las casas nobles de España, ser otra cosa que miserables desterrados, cerdos que se engorden con pepitas de oro, y que pierdan su educación y su modo de ser cortesano y gentil, que ha sido la estampa en que se han mirado y que remedan todas las Cortes de Europa? Las indias y los príncipes idólatras, los soldados aventureros sin letras, ¿podrán hacer de las colonias y posesiones de España una imagen de España? ¿Qué es esto del Rey con los señores y dueños de las tierras de la América?... Decídmelo, en una palabra, ¿suspendéis esas ordenanzas?

Y respondióle Van-Dyck:

—¡No, por Santiago Apóstoll! ¡Y por Dios y sus Santos no las suspenderé!

## IX

### OS MAGNA SONATURUM

Entonces Van-Dyck, volviéndose a las muchedumbres de las encomiendas, y hablándoles en pipil, díjoles más o menos:

—Sabed que el Rey nuestro señor, por estas leyes que véis en mis manos, os liberta del poder de los señores encomenderos: alabad por esta libertad a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santa Madre primero, y después a mi señor Fray Bartolomé de las Casas, que inspirado por Dios, mientras vosotros gemiais en los bosques y en las minas, en trabajo desmedido, y pe-reciais a la inclemencia del Sol, y a la fuerza letal de los miasmas de los pantanos y los derrumbes de las minas, él ha permanecido sin que lo sepáis, sin esperar nada de vosotros, a los pies del trono del Emperador, puede decirse, largos veinte años, hasta conseguir que seáis hombres libres como los conquistadores que hasta aquí fueron vuestros amos. Las encomiendas que al oír el nombre de Dios, de

Jesús y María, habían doblado la rodilla, con muestras de ceder a un hábito que un principio fue una enseñanza e imposición de la fuerza y del látigo de los capataces, manifestaron un asombro que puso en la faz de los siervos el relámpago de una luz potente e inexplicable.

—Mirad allí la imagen de la Estrella de la Mañana, confundida con los útiles más comunes del trabajo del castillo... No os ha libertado.... No ha animado vuestras penalidades.... En otro tiempo esa hermosísima Estrella, precediendo al Sol, vuestro dios antiguo, padre y creador del verdor de los bosques y los cerros, que se alzan dentro de esta inmensa llanura,—sí, en otro tiempo, la Estrella de la Mañana, al despedir a la noche, os convocaba al trabajo.... Este valle carece de ríos y ella os dio ese hilo de agua que se llama Acelhua-te.... Esta es vuestra tradición. Ya véis que hablo bien de vuestros dioses... Pues bien, así como vuestro Rey de Cuscatlán obedecía al Emperador de Payaqui, y el Emperador de Payaqui al Gran Pontífice Maya de Palenque, en otro tiempo, como lo refieren esas esculturas, así la Estrella de la Mañana sólo es una piedra preciosa en la corona de María, a cuyos pies está la luna, y a cuyas espaldas, el Sol que está irradiando en aquellas alturas, sólo viene a ser su sombra. No: la Estrella no os ha salvado. Ahora conoced lo que es nuestro Dios. Le ha bastado hablar por la boca de Las Casas y han caído a sus pies invisibles, las cadenas de millones de siervos americanos. Mirad ese castillo soberbio: ved esas filas de mosquetería y esos caballeros: esa selva de partesanas cuyos hierros ha humedecido la sangre de vuestros antepasados: recordad las maderas preciosas, el oro y la plata y los diamantes con que enriquecen al Rey y a los conquistadores vuestras manos esclavas: todo esto se oponía a vuestra libertad. Y sin embargo la palabra de Las Casas os ha libertado. Esa palabra es la palabra de «nuestro Dios»....

Ahora, el padre Las Casas, con vuestros hermanos de la Vera Paz, ha hecho el pacto o alianza más grato para nuestro Dios, habiendo pedido al Rey de España que no los combatiera con las armas, porque él emplearía la palabra divina; los pueblos le han comprendido, como vosotros me comprendéis a mí y se han sometido a nuestro Dios y a nuestro Rey. Vosotros, jurad que acogéis de corazón la religión cuyo Dios os ha libertado y que obedeceréis al Rey de España, y Dios, en cambio os saca de esta servidumbre como en otro tiempo a los Israelitas; y el Rey, que nombrará su Alcalde Mayor, os permite que elijáis tres Regidores para el gobierno de la villa y de vuestros pueblos. Vosotros, que sois libres desde este momento, nombraréis los regidores que os gobiernen, que en cuanto al Alcalde Mayor, el Rey ha nombrado al señor Juan Pérez de Sardeal.

Los que se volvieron a verle advirtieron que Sardeal había dejado la plataforma y que oía estas últimas palabras desde la galería del balcón morisco.

Un largo silencio sucedió a la voz de Van-Dyck en los grupos de las encomiendas: sometidos a la influencia de una revelación, estaban recogidos en sí mismos. Un leve y confuso murmullo se oyó en que se percibía este nombre:

—«Las Casas».... «Las Casas» ...

Siguiéronse aún grandes murmullos. En fin, los jefes los primeros, príncipes, caciques, sacerdotes y guerreros, avanzaron, saliendo de sus diversas filas, agitando así los grupos que cubrían las explanadas y que les daban paso, y uno a uno repitiendo las palabras «Las Casas», «Las Casas», deponían sus aros o diademas de oro y plumas, y sus armas a los pies del catequista. Las graderías se cubrieron de un hacinamiento de trofeos.

Un cacique anciano resumió los sentimientos de aquella muchedumbre de pueblos:

—Tomad de los señores de Cuzcatlán, que en otro tiempo se libertaron venciendo a los del antiguo reino de Payaquí, este oro y estas plumas para el altar del Dios de Las Casas.

No bien pronunciaron estas palabras, y como si se hubiese roto el ensalmo que tenía atados a aquellos millares de hombres a la servidumbre, un grito que pudo acallar al trueno, subió a los cielos y la muchedumbre se agitó como un mar, al moverse por las explanadas, para volver a sus pueblos y a sus hogares; mas en medio de esta agitación vióse de pronto el techo del castillo coronado por la furia de las llamas, y su Mayor-domo gritó con espanto:

—¡Háse incendiado el bálsamo, que habrá para arder toda una semana!

Cuando la gente del servicio quiso acudir, el puente levadizo echado sobre el foso que separaba el castillo de las explanadas, había sido levantado, y Sardoal atravesó la galería de los balcones moriscos a la vista de la muchedumbre.

Pronto salieron a estos balcones grandes remolinos de fuego huracanado: se oía en el interior como el rugido de una tempestad.

El encomendero se dirigió al sitial cuyos blasones resplandecían en el testero de una sala regia. Doña Sol, su esposa, que le había visto hacer tantas cosas maravillosas, arrodillada ante el sitial, le besaba la mano y lloraba.

Así esperaron la muerte, que llegó en el misterio espantoso del humo y de las llamas enfurecidas.

FRANCISCO GAVIDIA



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico